

escuelas, y hubo de refugiarse en los claustros, allí donde oración y humildad mantenían viva la fe en las inefables maravillas de la gracia. Pero mientras la Universidad de París abrazaba la opinión menos piadosa, Escoto, aplicando á la teología sus doctrinas metafísicas sobre la voluntad de Dios, defendía en Oxford, con gran aplauso y auditorio, la contraria. San Buenaventura, con sus ardientes himnos de serafín, había suscitado la legión de franciscanos caballeros de la Virgen, y dispuestos á romper lanzas por ella : la dialéctica de Escoto forjaba las armas para el torneo. En París, los franciscanos se alzaban frente á la Universidad predicando y enseñando sin tregua la que desde entonces dió en llamarse *opinión de los Menores*. Acertadamente dice un autor contemporáneo (35) que en aquellas épocas, contrapesada la diversidad nacional por la unidad eclesiástica, las Órdenes eran como vasto pueblo extendido por la superficie de Europa, y animado de unas mismas tendencias y aspiraciones : por lo cual la historia de las Órdenes doctas contiene la del entendimiento humano. Partidarios de la gracia, los franciscanos se declararon donde quiera en pro de la sentencia piadosa, con tanto celo, que les valió ser tratados de herejes por sus antagonistas (36).

Sabedor Benedicto XI de las discordias que ocasionaba la polémica, ordenó una disputa pública en la universidad de París, donde los franciscanos pudiesen defenderse. El gallego Gonzalo de Balboa, general á la sazón de la Orden, envió una patente al joven filósofo inglés, citándole á la lid, y llamándole — « el amado en Cristo Juan Escoto, de cuya loable vida, ciencia excelente, ingenio sutilísimo y otras altas prendas, ya por larga experiencia, y ya por la fama que se

dilata en todas partes, estoy plenamente informado ». — No bien llega Escoto á París, pídenle, como ensayo de sus fuerzas, que, sin darse á conocer, argumentase en un acto que se celebraba en cierto colegio : entonces se refiere de él, como de Estrabón de Bayona, que uno de los asistentes exclamó : — « Ó eres ángel del cielo, ó demonio del infierno, ó Escoto de Duno. » — Fijóse el día de la disputa solemne; se congregó la Sorbona; el canciller introdujo á los legados apostólicos, y llenóse el recinto de inmensa concurrencia. Al dirigirse Escoto al palenque, cruzó ante una capilla, sobre cuyo pórtico se destacaba una escultura de la Virgen. Arrodillóse Escoto, y alzando los ojos á la efigie, dijo : — « Permite, Virgen sagrada, que yo te alabe; dame poder contra tus enemigos ». — Al punto se inclinó, prometiendo ayuda, la cabeza de piedra de la estatua (37).

Observemos el espectáculo de la memorable disputa — uno de los más característicos de la Edad media. — Merced al empleo de la lengua latina, que orillaba la dificultad de las distintas hablas, hasta doscientos doctores se reúnen para argüir sucesivamente á Escoto, quien, sufrida la nube de saetas escolásticas, se levanta, y repite de memoria todos los argumentos de sus contrarios por el mismo orden en que fueron propuestos. En seguida comienza á distinguir, desenredar, rebatir, pulverizar toda objeción. Bien como la luz polarizada se convierte en un haz de innumerables rayos luminosos, la dialéctica de Escoto se parte, se adelgaza, se sutaliza para atravesar aquella niebla de dificultades; finalmente, pronuncia el argumento decisivo de la voluntad y de la gracia : — *Protuit, de-cuit, ergo fecit*. — Y cuando se calla, ya descolorido, exánime, pero vencedor, álzase el auditorio de

sus escaños, un clamor inmenso puebla los aires : — « ¡ Víctor, Escoto ! » — Se encienden luminarias ; espárcese alborozada la gente ; Escoto sale llevado como en triunfo, aclamado *Doctor Sutil*. Al día siguiente se junta la Universidad, y á claustro pleno aprueba la sentencia piadosa ; confirma á Escoto el nombre de Doctor Sutil, y hace voto de celebrar cada año, solemnemente, la festividad del Misterio de la Inmaculada : tradición mantenida con tanto respeto, que en el año 1383 la misma Universidad decreta no graduar á sujeto alguno si primero no jurase defender la pureza original de María. En nuestros días, Pío IX ha declarado dogma de fe la opinión teológica de Escoto.

Después de la victoria, Escoto se quedó enseñando en la Sorbona, y al pie de su cátedra vinieron á sentarse para oírle dos extranjeros : el mallorquín Raimundo Lulio, el florentino Dante Alighieri. Hallábase cierto día esparciéndose con sus alumnos por el *Pra- do de los Clérigos*, paseo escolar célebre en París, cuando recibió cartas del general de la Orden, que le mandaban pasar á Colonia de Agripina para fundar la Universidad y combatir á los begardos. Al punto dijo adiós á sus acompañantes, y echó á andar. Los discípulos querían que volviese al convento para despedirse, mas él respondió : — « El Padre general no me ordena volver al convento, sino ir á Colonia. » — Hizo el viaje pidiendo limosna, y cuando entró en la ciudad, el lucido y numeroso concurso que le aguardaba se admiró viendo que el renombrado filósofo, la antorcha de Oxford, el campeón de la Sorbona, era un mendigo, descalzo, con vil y remendada túnica, al hombro la alforja que contenía mendrugos ofrecidos por la caridad popular. En Colonia sostuvo Escoto varias y empeñadas disputas, no sólo con los begardos, gente in-

fima é ignorante en su mayor parte, sino con los dominicos, discípulos de Alberto Magno, que impugnaban la sentencia piadosa : en alguna de estas polémicas, inflamado en el fuego de la batalla, rompió en sudor copioso : salió para ir á su convento atravesando la helada atmósfera de la calle, y sobrecogido de mortal pasmo, no pudo sino tenderse en el lecho y rendirse á la muerte. Digno fin del incansable adalid del aula, del *Doctor Mariano*, perecer luchando, y que sus últimas palabras fuesen argumentos. No había cumplido treinta y cuatro años cuando falleció (39). La celebridad de Escoto, la brillante y numerosa escuela filosófica que dejó formada y que creció singularmente en pocos años (40), le ganó detractores : caso común en aquellos tiempos en que no era maravilla que una contienda teológica encendiese odios y costase sangre. Como un siglo después del tránsito de Escoto, insinuaron algunos autores que había sido enterrado vivo : corrió otro siglo, y Paulo Jovio, médico italiano, uno de aquellos escritores escépticos y venales que pulularon en el Renacimiento, refirió el suceso, asegurando que Escoto, castigado por Dios con una apoplejía, y aceleradamente enterrado, se había roto la cabeza, en su desesperación, contra la bóveda del sepulcro : el dominico Bzovio, eterno enemigo de los franciscanos, añadió detalles horribles, describió á Escoto comiéndose las manos antes de expirar. Ocioso parece decir que la Orden de Menores se dió prisa á vindicar á su doctor y maestro ; y á la verdad que no eran rigurosamente necesarios los muchos y convincentes panegíricos de Escoto para desmentir la fábula, constandingo como consta que no fué enterrado en bóveda, sino en una fosa abierta en la tierra, conforme á su humilde instituto (41). Inspiró gran veneración el sepulcro del

defensor de la Virgen; por algún tiempo el pueblo le rindió culto: la imagen de Escoto fué pintada con aureola en no pocos templos, y la fama de su elocuencia duró tanto, que al trasladar sus huesos dijose que manaba de ellos perfumada leche.

Realista como el Ángel de las escuelas, más todavía, Escoto tuvo sin embargo por discípulo al jefe de la escuela nominalista, Ockam. A pesar del contraste, la filiación escotista de Ockam se revela claramente en muchos puntos: así como Escoto fundaba la certeza en la revelación y el orden universal en la voluntad divina, Ockam dió esta misma suprema voluntad por base á la ética: reconócese también por procedente de Escoto cuando renueva la teoría del conocimiento del alma por sus atributos. Es la aparición de Ockam un signo de los tiempos: filósofo de decadencia, pertenece á un siglo decadente y sombrío, el XIV, cuando la escolástica presenta dos síntomas de caducidad: el predominio de los sistemas exclusivos y cerrados sobre los armónicos, el divorcio incipiente de la filosofía y la teología. Ockam nació en el condado de Surrey, á fines del siglo XIII. De inteligencia poco común, enseñó brillantemente en París bajo Felipe el Hermoso. En su vida importa distinguir dos periodos, el uno anterior, posterior el otro á 1322. Durante el primero es indudable su ortodoxia: en el segundo, afiliado al partido cismático de Luis de Baviera, escribe sañudamente contra Juan XXII, diciendo al príncipe alemán: — « Defiéndeme tú con la espada, que yo te defenderé con la pluma (42). » — Triste espectáculo el del religioso abrazando la causa del poder temporal contra el espiritual, cuando ni aun le queda la disculpa de que la potestad de la tierra está representada por un Ludovico Pío ó un san Luis, sino por ambiciosos sin

talento como el Bávavo, ó mercaderes sin entrañas como Felipe el Hermoso. Ockam persistió en su separación de la Iglesia hasta 1349, año en que se humilla arrepentido, pide absolución de las censuras, y se declara pronto á obedecer á la Santa Sede (43): por donde se ve cuánto yerra Tenneman y los que como él afirman que Ockam murió en Munich perseguido, mas no domado. Si es cierto que Ockam escribió cosas intolerables en sus libelos contra Juan XXII, á quien combatió sin reverencia ni sobriedad; si se mostró cesarista, regalista y cismático, no así que en sus trabajos y obras filosóficas se contenga doctrina alguna condenada por la Iglesia. Podrán los comentarios suyos que se leían en las aulas encerrar opiniones menos probables, pero á las cuales no faltan secuaces, y que corren con pie seguro en las escuelas teológicas, sin tacha de herejía. Bien cabe afirmar que, lejos de ser el nominalismo elemento de heterodoxia para Ockam, fué Ockam el que, con su conducta y actitud, hizo sospechoso el nominalismo. Éste yacía muerto. Santo Tomás y Escoto lo habían sepultado bajo el peso de su dialéctica, cuando Ockam lo renovó, diciendo que, puesto que las ideas generales no tienen existencia independiente sino en las cosas ó en Dios, y en las cosas no caben ideas generales y en Dios tampoco están como esencia independiente, sino como mero objeto de conocimiento, y en el intelecto lo mismo, las ideas generales son vanas entidades escolásticas, sin realidad alguna. Atacada así por cabos sueltos la noción de los universales, Ockam la emprendió con otra teoría célebre, la de las especies sensibles é inteligibles. Afirmaba la escuela que entre los objetos exteriores y el entendimiento humano servían de intermediarios unas imágenes, semejantes á las voladoras,

Εἶδωλα de Demócrito. Las especies sensibles é inteligibles de la escuela, la distinción que ésta hace del objeto *quod y quo sentimus et intelligimus*, corresponden cabalmente al análisis claro, exacto y profundísimo de las operaciones del alma. Ockam disipó los excesos de esta teoría, declarando que la única realidad es el objeto conocido y el sujeto que conoce, y formulando el axioma razonable: — « No multipliquemos entes sin necesidad; no hagamos con mucho lo que puede hacerse con poco (44). » — El *príncipe de los nominalistas* — que así fué llamado Ockam — tuvo discípulos insignes: Durando de Meaux, *Doctor resueltísimo*; Juan Buridan, gran partidario del libre arbitrio; Enrique de Hesse, matemático y astrónomo; Raimundo de Sabunde; Adán Vodam, Gabriel Biel, que dió el golpe de gracia á las especies volantes, y en fin, Gerson. Caracteriza á la pléyada ockamista el amor de las ciencias físicas, del análisis, la independencia respecto del método y tradiciones de la escuela, y al par señalada tendencia mística. Los hombres más notables del siglo XIV, testigos de la ruina de la exageración abstrusa de la Escolástica, son místicos: Gerson, Taulero, Petrarca. Su melancolía no halla consuelo sino en Dios.

Para defenderse y combatir á Ockam se unieron escotistas y tomistas, todas las fuerzas del realismo. Como teólogo le acusaron de pelagianismo: y no obstante — importa repetirlo — aquel nominalismo no fué formal herejía. En diversas Universidades católicas hubo cátedras de nominalismo ockamista. El año de 1473, habiendo el maestro Juan Boucart y los tomistas de París gestionado que el Rey prohibiese la cátedra nominalista de la universidad, los nominalistas probaron que en Bohemia habían sido sus doctrinas

martillo de herejes. Juan de Hus, Jerónimo de Praga, eran en efecto escolásticos realistas. El primero sostuvo el crédito del realismo en la universidad de Praga: el segundo denunció por heterodoxos á los nominalistas. La condena del concilio de Constanza resolvió la duda: los dos heresiarcas bohemios, en quienes renacía Wicleff, subieron á la hoguera.

San Buenaventura, Escoto, Ockam, se formaron en el claustro: mas no es ciertamente el laico Raimundo Lulio inferior á ninguno de ellos. Con Abelardo, Lulio es el personaje más novelesco de los anales escolásticos; aun añadiremos que sobrepaja la poesía de su historia á la del amante de Eloísa. Mientras Abelardo, vencido y agriado por la mala ventura, arrastra su inútil existencia de asilo en asilo, de convento en convento, la personalidad moral é intelectual de Lulio crece y se acendra y toca en las cumbres más altas y sublimes, al través de los romancescos azares de su vida, coronada por heroica muerte. Atendido su carácter y condiciones, Raimundo Lulio es, mejor que europeo, africano. Arrulló su cuna en Mallorca el himno del azul Mediterráneo: de un lado tiene Mallorca á España, en su parte más oriental, la florida Valencia, las soleadas vegas de Murcia; del otro, á Italia, que envía á las Baleares las auras volcánicas de Cerdeña; enfrente el Magreb, la tierra musulmana, la misteriosa enemiga del Cristianismo. El padre de Lulio, barcelonés, servía al rey de Aragón cuando éste conquistó las islas. En el reparto le tocó un lote considerable; avencindóse entonces en Palma, con su consorte Ana de Heril: Raimundo nació tarde, y fué su nacimiento solicitado con muchas lágrimas por el estéril matrimonio. Enviado ya mancebo á la corte de Jaime I, su destreza, arrojo y gallardía le distinguieron presto, y

desde paje fué subiendo hasta senescal y mayordomo mayor. Fogoso, amigo de caza, de opulencia y de placeres, él mismo nos dice en su poema *Desconort* cómo en la mocedad, olvidado del verdadero Dios, se dió á deleites y carnalidades. Ni bastaron á templar sus ímpetus juveniles las bodas con la noble doncella Catalina de Labats : la esposa, nunca amada, se vió desairada presto, y Raimundo se prendó, con todo el ardor del temperamento meridional, de una dama genovesa llamada Ambrosia de Castelló, tras de la cual, causando gran escándalo, se entró á caballo por la iglesia de Santa Eulalia. Dióle cita entonces la dama, y descubriendo el seno, le mostró, con triste sonrisa, la podredumbre de una úlcera. El efecto fué terrible : Raimundo sintió como si un rayo abrasase sus potencias y lo inmutase todo : desde aquel mismo día comenzó dura penitencia; anduvo en peregrinación, pidiendo limosna, á Santiago de Compostela y á Monserate; pidió perdón á su mujer, y castigó su propio cuerpo con no vistas austeridades. Quería ir á París á estudiar las ciencias : mas su amigo Raimundo de Peñafort le persuadió á meditar primero en la soledad. Ya germinaban en su mente las tres grandes ideas : cruzada á Tierra Santa, predicación del Evangelio á judíos y sarracenos, demostración racional de las verdades religiosas : dedicóse á aprender de un su esclavo la lengua árabe, y el esclavo, comprendiendo que el propósito de su amo y alumno era combatir el Corán, le asestó alevosa puñalada, dejándole por muerto. Pero curó, y al fallecer su esposa, repartida la hacienda entre sus hijos y los pobres, se retiró, vistiendo grosero saco, al monte Randa, donde hizo vida contemplativa y extática, derramando su corazón como agua en la presencia de Dios. Bajó á Palma

exhortando á convertirse á los pecadores : y refiere la leyenda que después de una noche pasada en oración, un arbusto que crecía á la puerta de su morada apareció dibujado en todas sus hojas de caracteres latinos, arábigos, griegos, como dando á entender á Raimundo su destino cosmopolita (45). Llenos están aquellos lugares de tradiciones relativas á Raimundo : el día de la conversión de san Pablo, la gruta del monte Randa se impregna de fragancia celestial, la fragancia que allí derramó Cristo al curar al penitente gravísima enfermedad. Fuera de sí de amor, Lulio corría por prados y selvas en busca del Amado. Un día encuentra á un ermitaño junto á una fuente, y le pregunta el remedio para salir de prisiones, para dejar de amar en grado tan subido. Sus incendios místicos le llevan á anhelar que la vida se le acabe para reunirse al Amado; los pájaros del verjel le dan lecciones é inteligencia de amor; corre por las calles, pregúntanle las gentes si está loco, y él responde, como san Francisco, que ha perdido voluntad y entendimiento.

Mas el retiro de Randa no fué sino comienzo de la vida activísima de Lulio. ¿De qué modo adquirió su profunda ciencia? El pueblo creyó que por infusión, por inspiración, no explicándose cómo el ignorante y superficial galán de ayer, ascendía hoy á *Doctor iluminado*, á magno inventor. Ello es que maravilla la adquisición de los conocimientos de Raimundo, si consideramos que apenas hay en su vida periodo sedentario en que pudiese consagrarse á reunirlos. Antes de su conversión, aborrecía las letras. Después, le encontramos recorriendo el mundo, persiguiendo, aventurero filósofo, su ideal. Cuarenta años peregrinó sin tregua. En uno de sus viajes, una excursión á Pa-

rís, para conseguir de Felipe el Hermoso la fundación de un colegio de lenguas semíticas, entró en la Sorbona á la cátedra de Escoto, y oyó atento, ya inclinando en señal de aprobación la cabeza, ya torciendo el rostro como quien disiente. El joven profesor reparó en los ademanes de aquel hombre, pobre en el traje, inteligente y noble en la fisonomía, de ardientes ojos y cana cabellera. Terminada la lección bajó de la cátedra, y llegándose al extranjero, preguntóle: — *¿Domine, quæ pars?* — Y Raimundo contestó, jugando del vocablo, con una definición de Dios: — *Dominus non est pars, sed totum simplicissimum ab omni partium compositione alienum.* — Escoto vió que se las había con un maestro, y empezó á departir con él: de allí resultó la entrada de Raimundo en el aula parisiense. Pero no era la ciencia principal objeto de la peregrinación del Doctor iluminado: sus planes más vastos se referían al Oriente, y á aquella tierra de África, colocada ante las costas de España como amenazador centinela, como alfanje perpetuamente desenvainado. El fracaso militar de las Cruzadas inspiraba á Raimundo Lulio un pensamiento nuevo, la cruzada intelectual, la conversión en masa del Oriente. Así es que no cesó de excitar al Papa, á los príncipes cristianos, á las repúblicas de Italia, á que conquisten las naciones sarracenas, no tanto con las armas, cuanto con el entendimiento. En sus excursiones iba juntando limosnas, que remitía al Papa á fin de que allegase tropas y medios de emprender la cruzada. Fué á Roma exclusivamente para lograr de Nicolás III que enviase á Tartaria tres misioneros franciscanos; de Honorio IV obtuvo la creación de un colegio de lenguas orientales; de Jaime II consiguió lo mismo: el colegio se estableció en Miramar, y los Menores, instruí-

dos allí, salían á convertir sarracenos. Raimundo aspiraba á apoderarse del Oriente con la posesión de sus idiomas, con la superioridad científica del Occidente: no es mucho que le encendiese en cólera ver que un doctor sarraceno y español, Averroes, iba infiltrando en las aulas cristianas gérmenes sensualistas y materialistas: de aquí otra cruzada contra Averroes; por donde quiera que pasa Raimundo Lulio, denuncia y refuta al comentador cordobés. En Bona disputa con cincuenta doctores árabes, averroístas, y el populacho le escarnece, golpea y tira de las barbas, acabando por cerrarle con un candado la boca; en Chipre pelea con los cismáticos griegos y los obispos secuaces de Nestorio, con no menor valentía. Lo que parece increíble es que Raimundo, buscando por espacio de cuarenta y cinco años el martirio en África, en Siria, en Palestina, en Egipto, tardase tanto en encontrarlo.

Ya sabemos el mal tratamiento de Bona; en Túnez fué públicamente azotado; corrió peligros sin número, naufragios, enfermedades; arrojéronle de Bujía por loco, y vuelto otra vez á predicar la fe, consiguió al cabo que, sacándole de la ciudad á empujones, lo apedreasen. Y tal es el vigor de su constitución, que cuando á la noche dos mercaderes genoveses van al lugar del suplicio á recoger piadosamente sus reliquias, hallan al octogenario anciano sepultado bajo un túmulo de piedras, nadando en un charco de sangre, pero vivo aún, y pueden transportarlo á su galera, y llevarlo á Mallorca, para que exhale el espíritu ante las costas de la patria. Los franciscanos reclamaron para su iglesia el cuerpo del mártir, que vestía desde el tiempo de su conversión hábito de la Orden Tercera; diéronle culto las Baleares,

y la isla se pobló de imágenes del bienaventurado Raimundo (46).

Hombre fué tan singular. Caballero andante de una idea, enseñó á su país, marcó con su sangre el camino por donde debiera extender su dominación é influjo, la ruta de África: el Quijote místico, el poeta visionario de Mallorca, nos dió lecciones de alta política, que por nuestro mal no hemos aprovechado: culpa cuyo reato pagamos ya, y pagaremos con creces andando el tiempo. La inteligencia, no aparece inferior á la acción en el filósofo insigne que, con Rogerio Bacón, abre el tercer período de la escolástica. Cuando ésta cayó en descrédito, se dijo comunmente que así como Alberto el Grande quiso construir una máquina de andar y hablar, Raimundo Lulio ideó una de pensar (47). Por donde el insigne mallorquín fué contado entre los fautores de la decadencia, y su *Arte Magna* acusada de reducir el entendimiento á un mecanismo: tratábase no más que de aplicar á cualquier materia ciertos predicados, que Lulio reunía por clases, marcadas cada una con su letra del alfabeto; disponíalos después en círculos concéntricos, de suerte que cada letra significase un atributo: así se formaba complicado artificio de predicados relativos y absolutos, preguntas y respuestas, accidentales, proposiciones y modalidades, todo entretrejado como metafísica telaraña, dispuesto en casillas y triángulos: con imprimir movimiento de rotación á algunos círculos de la figura, resolvía Lulio cuánta cuestión se ofreciese, y el espíritu obraba con la precisión fatal propia de la materia. Á duras penas hubo quien reconociese que la máquina pensante indicaba una tentativa fecunda, la reducción de toda idea á ciertas ideas madres (48), categorías que, reproducidas en el orden total de las cosas, ofre-

cen en su combinación imagen del sistema del universo; á duras penas hubo quien otorgase al inventor del aparato la aspiración de toda mente elevada: la síntesis, la ciencia concebida, no en sus partes, pero en su indivisible unidad (49). Mas hoy — diremos con un ilustre autor novísimo (50) — comienza á entenderse que era ligereza científica despreciar al Doctor iluminado y tratar de *Arte deceptoria* su *Arte magna*. Trabajos de muchos y muy eruditos escritores patentizaron, no solamente el valor del sistema filosófico de Raimundo, sino de sus obras literarias. Y así como brilla su fama de pensador, de enciclopedista, de novelista, resplandece su ortodoxia, puesta también en duda por manejos de implacables émulos.

Obtuvo la doctrina de Lulio, enseñada por él mismo en Mompeller y París, cátedras especiales en las universidades de Mallorca, Barcelona y Valencia, y fué profesada en el reino de Aragón; el general de los franciscanos, Gaufrédo, ordenó á sus frailes concediesen al maestro Raimundo lugar oportuno donde explicar su método: cuarenta profesores de París firmaron un diploma, en el cual examinado el sistema luliano, lo declaraban bueno, útil, necesario, en nada repugnante á la fe, antes muy conducente á confirmarla; en el siglo XV, el lulismo florece y domina en España, y cuenta en sus filas á Raimundo de Sabunde; espéranle expositores y comentadores como Jordano Bruno, Cornelio Agripa, Pedro Ciruelo, Leibnicio; protectores como Cisneros y Felipe II. Pero al par, tuvo encarnizados enemigos, que llegaron hasta fingir una Bula condenatoria de las doctrinas de Lulio. Otra imputación le fué dirigida, la de alquimista supersticioso, que desmienten diversos pasajes de sus obras: en el *Arbor scientiæ* se ríe de los que trabajan vanamente